



CENIZAS

1

Siempre me ha resultado deprimente el ambiente de un avión por la noche. El ruido incansable del motor que invade un silencio imposible, la incoherencia lumínica, esos pasajeros desesperados por dormir que contrastan con los noctámbulos que se activan y se levantan constantemente y ven películas en sus ordenadores portátiles cuyas pantallas contribuyen aún más a crear esa triste atmósfera irreal. Los niños suelen llorar, la tripulación suele molestar y el baño suele estar siempre ocupado. Así que aquel viernes de marzo, a diez mil metros de altura, volando en un Boeing 737 hacia el lugar en el que me reuniría con lo desconocido, hacia aquella isla abrupta y ventosa, me sentía irremediamente deprimido e inquieto. A mitad de vuelo intenté mitigar esa sensación llamando a la azafata y pidiendo un Beefeater con zumo de lima, pero aquello no hizo más que incrementar mi desasosiego por las molestias que generé a mi entorno directo mientras la azafata, cuyo perfume podía olfatearse

en un radio de unos seis metros, me tendía la lata de zumo, el vaso, la botellita, me ofrecía más hielo y me cargaba una cantidad absurdamente alta en el datáfono.

En cuanto me serví la copa, mi compañero de asiento, un tipo ojeroso con aire de vendedor de productos farmacéuticos o quizás de contable de una empresa industrial, que se arrancaba compulsivamente trocitos de pellejo de las zonas de los dedos más cercanas a las uñas, decidió que la una de la madrugada era un buen momento para entablar una conversación.

—¿De vacaciones? —preguntó cabeceando hacia mi bebida y levantando las cejas.

Lo miré con toda la apatía que pude.

—Bueno... —dije tras dar el primer sorbo al combinado, que emitió un repiqueteo líquido a causa de los diminutos hielos chocando entre sí— más o menos.

No tenía ganas. De verdad que no. No me apetecía para nada hablar con aquel hombre en plena madrugada mientras sobrevolábamos el océano, quieto y oscuro como la sombra de un gran leviatán. Solo quería colocarme mis auriculares y reproducir algún disco de sonatas para piano en Spotify. Ni siquiera me importaba el compositor o el pianista que las interpretase, solamente quería escuchar sonatas para piano: es el lugar al que acudo para relajarme, para olvidarme de todo. Y, además, me dolía el cuello y no sabía bien cómo colocarme para mitigar el dolor. Pero el hecho de haber pedido un combinado pareció darle a aquel tipo licencia para conversar conmigo, como si fuéramos dos bebedores solitarios en el bar de un hotel sentados en taburetes contiguos. Señaló de nuevo la copa y me preguntó en voz baja:

—¿Le importa si le acompaño?

—Bueno, verá, yo... —dije sacando mis auriculares inalámbricos de su estuche.

Pero si algo parecía caracterizar a mi vecino de asiento era la tenacidad. Pulsó de inmediato el botón de llamada y, en cuestión de un minuto, el olor del perfume de la azafata

se había renovado en el pasillo y aquel tipo removía con un palito transparente su Bacardi con Fanta de naranja.

—Salud —dijo perseverando en aquella actitud que lo hacía parecer estar tranquilamente en un bar.

—Salud —dije con desgana.

En el rato que hablamos, mi vecino me contó que se llamaba Juan Santana —tal cual, con apellido y todo— y que viajaba a la isla por trabajo. «Aquí es cuando me dice que es representante de, o comercial de, o vendedor de», pensaba, cuando me sorprendió con algo completamente inesperado:

—Soy parapsicólogo.

Me giré hacia él, supongo que con gesto de asombro. Un niño empezó a llorar y se escucharon algunos suspiros molestos de los durmientes.

—Sí, sí —dijo sonriendo y mirándome directamente—. Quizás me conozca de la tele. Suelo aparecer en un par de programas, aunque los emiten bastante tarde.

—No —contesté—. No veo mucho la televisión. Aunque ahora que lo dice —y lo dije con total sinceridad, porque así lo sentí al fijarme en él con más detenimiento—, me suena su cara. Pero no sabría decir de qué.

Él asintió, satisfecho. Yo continué. He de reconocer que me había picado el gusanillo.

—Es muy interesante, la verdad. Nunca había conocido a un parapsicólogo.

—Bueno, no somos muchos en el gremio. Hay que tener mucha vocación para dedicarse a esto. Y persistencia.

«Persistencia», pensé. «Desde luego, no parece faltarte la persistencia».

—¿Y qué va a hacer en la isla? —dije antes de darle un trago a mi copa—. ¿Investigar alguna casa encantada o algún hombre lobo?

Soy consciente de que mi pregunta sonó a burla sin pretenderlo. Simplemente estaba cansado. Juan Santana sonrió con la ironía del que está acostumbrado a la sorna, al chiste fácil, y obviando el tono sarcástico de mi pregunta, contestó:

—Bueno, no exactamente. Tengo que llevar a cabo allí una investigación. La isla es un lugar... —Juan Santana hizo un gesto de buscar las palabras adecuadas y dio un trago a su ron— de mucha actividad. Todo ese vulcanismo, todas las culturas ancestrales que la habitaron, las leyendas que nos dejaron... —Me miró—. Oh, perdone, creo que le estoy aburriendo. Que cuando me pongo a hablar de lo mío, soy incapaz de parar a tiempo.

—No, no, tranquilo. Me parece muy interesante. Y tú téeme, por favor.

—Perfecto, lo mismo te digo —dijo tras dar otro trago a su Bacardi, esta vez mucho más profundo—. Bueno, ¿y qué hay de ti? ¿Cuál es tu historia?

En aquel momento, empecé a pensar que Juan Santana mentía. No sé decir por qué. Aquella sonrisa constante, ese aire sarcástico y oscuro... Se me pasó por la cabeza que en una conversación de avión todos podemos ser lo que queramos y quien queramos por un rato, y un contable de una empresa de productos fitosanitarios al que le gustan las casas encantadas puede proclamarse investigador parapsicológico. Por qué no. Así que no me lo pensé: decidí jugar al mismo juego. Por qué no.

—Trabajo para una productora de cine —dije casi sin pensarlo—. Me encargo de buscar exteriores para películas. Ya sabes: viaje, hago fotos, solicito algunos permisos... Es un buen trabajo. Me da mucha libertad.

—Vaya —dijo Juan Santana—. Qué pasada, ¿no?

—Bueno, quizás no tanto como lo tuyo. Pero está muy bien, sí. No me quejo.

—¿Y qué buscas en la isla?

Pensé. Nunca se me ha dado mal mentir y soy una persona muy imaginativa. Así que apenas tardé unas décimas de segundo en contestar:

—Un lugar apartado y rocoso en el que se refugian unos secuestradores. Es para un *thriller* que se rueda en otoño.

La primera parte en Madrid, y el resto, en la isla. Yo soy la avanzadilla.

Juan Santana se quedó en silencio. Sonrió de nuevo con aire oscuro y dijo:

—Deberías pasar por Pico Rojo. Creo que podría encajar muy bien en lo que buscas. Es un lugar fascinante.

—Sí —contesté—. Ya lo tenía pensado. Es uno de los primeros sitios a los que quería ir.

Y aquello era verdad. Tenía que ir a Pico Rojo dos días después. Pero obviamente, no iba a buscar exteriores para un *thriller*. Mi visita a aquel lugar era para algo completamente distinto.

Juan Santana se disculpó por decirme cómo tenía que hacer mi trabajo y por haber dado a entender que yo no conocía los sitios adecuados. Cuando le dije con dignidad que no se preocupase, que simplemente había intentado echar una mano y que se lo agradecía, la megafonía anunció que nos disponíamos a aterrizar. Eran las dos de la mañana y todo el mundo parecía agotado cuando aterrizamos y empezamos a recorrer como zombis el pasillo que llevaba a la terminal. El vuelo tenía que haber llegado a las nueve de la noche, pero los fuertes vientos que soplaban en la isla habían obligado a retrasar la salida, provocando que los rostros de todos los pasajeros se hubieran convertido en óvalos pálidos y fantasmales. Pensé en Juan Santana. En que podría imaginar, al vernos, que estaba rodeado de espectros. Lo había perdido de vista tras aterrizar. Como nuestros asientos eran centrales, supuse que habría salido por la puerta delantera, y que al hacerlo yo por la trasera, nuestros caminos se habían separado. La luna, casi llena, bañaba con luz plateada y pálida los cristales de la terminal.

Tras coger mi equipaje de la cinta salí a la calle y allí, azotado por el viento tibio de la madrugada, pensé en que no dejaba de resultar curioso compartir con Juan Santana, en caso de que dijera la verdad, un propósito común en nues-

tros viajes: ambos estábamos allí por algo relacionado con la muerte.

2

Puede parecer extraño, pero nunca supe mucho sobre él. Jamás llegué a conocerlo bien. Desde siempre fue una persona reservada, un animal desconocido que se esconde del ser humano en la espesura de un bosque remoto; una sombra, una especie de sección complementaria a mi carácter abierto y social. Como si fuésemos las dos mitades extraviadas de la misma circunferencia. Y digo que es extraño porque los hermanos gemelos suelen conocerse muy bien. Cuando uno piensa en una pareja de hermanos gemelos, los recuerda siempre juntos, pasando una gran cantidad de años —posiblemente toda la infancia— vistiéndose del mismo modo, y para sus conocidos menos íntimos suelen ser la misma persona, un ente amalgamado. Especialmente para sus profesores, que tienden a ponerles a sus alumnos gemelos la misma nota y a hablar de ellos como «los gemelos».

Nosotros también fuimos «los gemelos», sí; pero superada la niñez, a partir de que nuestras personalidades comenzaron a intuirse, todo el mundo sabía perfectamente quién era cada uno. Era imposible equivocarse. Martín siempre ha sido un ser huraño, frío, imprevisible, cercano a la crueldad; capaz de tomar las decisiones más inesperadas y completamente ajeno a los juicios y las opiniones de los demás. Una estrella pálida y distante a la que contemplar flotando en su ingrátida oscuridad. En la otra cara, el bueno de Alejandro. Siempre dócil, siempre contentando a todo el mundo con su actitud sonriente, su generosidad, sus ganas de complacer... y aquella imposibilidad de tener un mínimo conflicto con